



Capítulo 128 Sobreviviente del Terror Demoníaco Doméstico

La cocina, antaño refugio de paz doméstica para Felicia, ahora parecía el escenario de una película surrealista.

La mujer demonio que tenía ante ella irradiaba una confianza inquebrantable y un aura de poder que dejó a Felicia sin aliento. Pero Felicia era testaruda, e incluso ante lo absurdo, se negaba a ceder.

—Un meteorito. En el Vaticano —repitió Felicia, con la voz llena de incredulidad. Señaló a Sapphire con un dedo acusador—. ¿Me estás diciendo que lanzaste un meteorito al corazón del cristianismo? ¡¿Como si fuera algo normal?!

Zafiro se encogió de hombros, como si la acusaran de algo trivial. "Había una buena razón", dijo, inspeccionando con indiferencia sus uñas impecables. "Estaban siendo molestas. La paciencia no es precisamente mi mayor virtud, ¿sabes?".

Felicia sintió que se le enrojecía la cara, con una mezcla de sorpresa e ira. "¡¿Qué fastidio?! ¡¿Destruiste un monumento histórico y provocaste el pánico entre millones porque estabas irritada?!"

—Sí —respondió Zafiro con tono desinteresado, como si la pregunta fuera superflua—. Y fue muy efectivo.

Felicia abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar, intentando encontrarle lógica a todo aquello. De repente, notó algo: Zafiro se acercaba a ella, con los ojos brillando con una intensidad desconcertante.





—Eres fascinante, Felicia —murmuró Zafiro, inclinándose ligeramente hacia delante—. Podrías ser... útil.

"¿Útil?" Felicia retrocedió un paso, su mirada oscilando entre la salida y la imponente figura que tenía delante. "¡No formo parte de tu... no sé, plan de dominación del mundo demoníaco o lo que sea! ¡Solo quiero preparar mi cena y seguir con mi vida normal! ¡¿Es mucho pedir?!"

Zafiro ladeó la cabeza; sus cuernos brillaban bajo la luz de la cocina. "¿Una vida normal? Eres una ama de casa desempleada que ni siquiera consigue trabajo. ¿A eso le llamas normal?". Antes de que Felicia pudiera protestar, Zafiro chasqueó los dedos, y Felicia sintió que el mundo le daba vueltas.

"¿Qué...?!" fue todo lo que logró decir antes de ser alzada en el aire como un saco de patatas. Zafiro se la echó al hombro con una facilidad humillante.

¡Oye! ¡Bájame ahora mismo! —gritó Felicia, golpeando inútilmente la espalda de la demonio—. ¡No soy un saco de harina, lunática!

—Silencio, humano insolente —respondió Zafiro, abriendo la puerta de la casa con un gesto casual—. Vamos a un lugar más apropiado para esta conversación.

Antes de que Felicia pudiera gritar de nuevo, Zafiro saltó por los aires, y el viento se tragó al instante cualquier insulto que Felicia hubiera preparado. La vista a su alrededor se desdibujó en una caótica mezcla de luces y sombras mientras Zafiro sobrevolaba la ciudad con una gracia sobrenatural.

"¡Esto no puede estar pasando! ¡Esto no puede estar pasando!", se repetía Felicia, con la voz entrecortada por el viento impetuoso.





"¡Vergil, te voy a matar!" gritó internamente.

Finalmente, Zafiro aterrizó en el tejado de un edificio colosal. La estructura brillaba con un logo luminoso: Corporación Agares.

Dejando a Felicia en el suelo con desdén casual, Sapphire se cruzó de brazos, visiblemente complacida.

"Bienvenidos a mi humilde compañía", anunció con una sonrisa pícaro. "Aquí podemos conversar sin interrupciones triviales".

Felicia se tambaleó, intentando recuperar el equilibrio y la compostura. "¿Sin interrupciones?! ¡Me acabas de secuestrar! ¿Sabes que eso es un delito? ¿O acaso las leyes humanas no se aplican a las reinas demoníacas?"

19:03

Zafiro soltó una carcajada. "Estás aprendiendo".

Genial. Entonces, ¿qué quieres de mí? Y no digas algo vago como "ser útil", porque, sinceramente, preferiría que me golpeará el próximo meteorito.

Zafiro levantó una ceja. "Cuidado con lo que desees."

Felicia resopló. "Sabes, puede que seas grande, malo y poderoso, pero yo no soy alguien que se intimide fácilmente. Quizás secuestraste a la persona equivocada, porque yo..."

Antes de que Felicia pudiera terminar, Zafiro la interrumpió con un gesto de impaciencia. "Basta. Si eres tan intrépida, vamos a probarlo".





"Prueba cómo..." empezó Felicia, pero el mundo se puso patas arriba cuando Sapphire la agarró del cuello.

—¡Ay, no, no, no! —gritó Felicia, agitando los brazos—. ¡¿Qué haces?!

"Me pregunto", dijo Zafiro pensativo, como si estuviera reflexionando sobre el clima, "cuánto dura tu determinación bajo presión real".

Con un movimiento casual, Sapphire arrojó a Felicia fuera del edificio.

El grito de Felicia atravesó el aire. El viento la envolvió al caer, y el suelo pasó velozmente como un rayo borroso. El mundo parecía moverse a cámara lenta, cada segundo más aterrador que el anterior.

—¡TE VOY A MATAR, PSICÓPATA! —bramó Felicia, aferrándose desesperadamente a la nada.

Cuando parecía que la muerte era inevitable, Felicia se detuvo. Literalmente. A pocos metros del suelo, flotaba, rodeada de una energía resplandeciente. Zafiro apareció a su lado, flotando con gracia, con una sonrisa casi cariñosa.

"¿Ves?", dijo Zafiro. "Sigues viva. No estuvo tan mal, ¿verdad?"

Felicia estaba pálida, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. "¡Estás... completamente... loca!"

Zafiro ladeó la cabeza. "Quizás. Pero al menos ahora sé que tienes agallas".





Felicia por fin recuperó algo de control sobre su voz, señalando a Zafiro con un dedo tembloroso. "¡Eso no son agallas, es instinto de supervivencia! ¡Y todavía estoy asimilando que eres responsable de todo esto!"

"Sí", admitió Zafiro con una sonrisa de satisfacción. "Y esto es solo el principio. Ahora, trabaja para mí".

En la actualidad...

"Y eso fue lo que pasó", dijo Felicia con calma, aunque su voz aún tenía un ligero tono de tensión. "Esa... loca me secuestró. Me llevó por los aires como si fuera una bolsa de compras barata. Me arrastró hasta lo alto de un edificio enorme, tuvo la audacia de llamarme 'útil', y luego me tiró del maldito tejado como si fuera una broma. ¡Una broma!" Hizo una pausa, tomó un sorbo de té y los miró fijamente. "Y se ríen de eso."

Katharina no pudo contenerse y se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás, con su pelo rojo ondeando al ritmo. "¿De verdad... te tiró... del edificio? ¡Ay, eso es tan de mi madre! ¡Jajaja!"

Vergil, por su parte, luchaba por mantener la compostura, pero sus labios temblaban. Se llevó una mano a la cara, intentando reprimir la risa que inevitablemente se le escapó.

"Madre... ¿Me estás diciendo que Zafiro te secuestró y luego te usó como... prueba de valentía? Eso es casi... casi increíble... Pfff... ¡Bienvenido... a... JAJAJAJA, EL GRUPO! ¡JAJAJAJA!" No pudo terminar la frase sin reírse, y el sonido resonó por toda la habitación; después de todo, Zafiro también lo había secuestrado.





Felicia los miró con los ojos entrecerrados. "Hablo en serio. ¿Y lo más irritante? De verdad creía que era, de alguna manera, una prueba educativa. Como si tirarme de un edificio me enseñara sobre... no sé, coraje o instintos."

Katharina se secó una lágrima de la risa. "Así es mi madre. Siempre exagerando con sus artimañas. Deberías haber visto lo que hizo cuando le dije que me casaría con Vergil. Vergil se burló de ella para salirse con la suya. Tuvo que aceptarlo como discípulo solo para asegurarse de que todo saliera bien."

Felicia miró a Katharina, incrédula. "¿Y esto es normal para ti? ¿Que tu madre amenace con destruir... geografías enteras por capricho?"

Katharina se encogió de hombros, con una sonrisa divertida aún en sus labios. "Es su forma de demostrar amor. Dramática, lo sé, pero efectiva." Se inclinó hacia delante, con sus ojos verdes brillando de diversión. "Pero Felicia, parece que te mantuviste firme. Mi madre no es indulgente con nadie en sus "lecciones". Considerando que estás aquí ahora, bebiendo vino y quejándote de ella, diría que te has ganado algunos puntos en su libro."



—¡Qué honor! —replicó Felicia con sarcasmo, dejando su taza de té en el plato—. Debería hacer una placa que diga «Sobreviviente del Terror Demoníaco Doméstico». Quizás colgarla en la pared.

Vergil finalmente logró dejar de reír, aunque aún había un brillo juguetón en sus ojos. «Tienes que entenderlo, Madre. Zafiro es... peculiar. Ve el mundo desde una perspectiva muy diferente. Después de todo, tiene décadas de experiencia. Si te hizo pasar por esa... experiencia, es porque te respeta de alguna manera».

—¿Respeto?! —estalló Felicia, inclinándose hacia delante—. Vergil, me tiró de un edificio para contratarme como administradora de su empresa. ¡Literalmente! ¿Y a eso le llama respeto?



"Es un poco extremo", admitió Vergil, levantando las manos en un gesto apaciguador. "Pero para ella, sí. Zafiro no pierde el tiempo con gente que considera inútil. Si quería "probarte", significa que ve algo en ti".

Felicia se cruzó de brazos, negándose a convencerse. "Bueno, tiene una forma muy peculiar de demostrarlo."

Katharina, sin dejar de sonreír, le dio a Felicia una palmadita tranquilizadora en el hombro. «No te preocupes. Mi madre puede ser intimidante, pero es justa. Si dice que eres útil, es que lo cree de verdad. Y considerando cómo lo manejaste todo sin desmayarte... tienes más coraje del que crees».

Felicia resopló, pero con un destello de alivio en sus ojos. «Si eso es valentía, prefiero no tenerla. Y, sinceramente, todavía intento entender por qué esa mujer está tan interesada en mí. Solo soy... una madre que quiere que su hijo viva una vida normal. No tengo nada que ver con la nobleza demoníaca ni nada de eso».



Vergil le dedicó una cálida sonrisa. «Quizás eso sea lo que te hace especial. Ignóralo. Probablemente no te vuelva a tirar de un edificio... creo».

Felicia lo miró con los ojos entrecerrados, pero la calidez de sus palabras era innegable. "Bueno, la próxima vez que esa mujer aparezca, puedes encargarte de ella. Me voy."

—Trato hecho —dijo Katharina, sin dejar de reír—. Pero, sinceramente, suegra, deberías sentirte orgullosa. A mi madre no le importa la mayoría de la gente. Has... dejado una buena impresión.

Felicia suspiró, cogiendo de nuevo su taza de té. «Si eso es causar una buena impresión, prefiero que me olviden». Tomó un sorbo de té, dejando que el



silencio se hiciera presente un momento antes de murmurar: «Todavía no puedo creer que haya sobrevivido a eso».

Katharina y Vergil intercambiaron una mirada cómplice, con una sonrisa cómplice dibujándose en sus rostros. Felicia lo notó y arqueó una ceja. "¿Y ahora qué?"

—Nada —respondió Katharina rápidamente, intentando contener la risa—. Solo nos imaginamos lo que está planeando para tu próxima visita.

"¿La próxima visita?!" Felicia casi derramó el té. "Ni hablar. La próxima vez, cierro la puerta con llave y finjo que no estoy en casa."

Esta vez, los tres estallaron en risas y, por primera vez desde aquel encuentro surrealista, Felicia empezó a relajarse.

"Aun así... de alguna manera me resulta tan familiar", pensó.

